

# MENÉNDEZ PELAYO Y JAIME BALMES

*En la proximidad del centenario del nacimiento del insigne polígrafo Menéndez Pelayo, reproducimos el presente artículo escrito con motivo del Centenario de la muerte de Balmes.*

Menéndez Pelayo, el ilustre montañés que tan estrechas relaciones mantuvo durante toda su vida con Cataluña y con sus hombres, no pudo dejar de estar en contacto con el núcleo intelectual que tan elevada categoría dió a Vich en la segunda mitad del siglo pasado. Reliquias de estas relaciones son, por ejemplo, las cartas procedentes de vicenses ilustres que se guardan en la biblioteca del maestro, en Santander, y que algún día habrá que publicar.

Figuran entre estos corresponsales Mosén Jaime Collell (1), amigo de juventud, siempre empeñado en traerlo a la ciudad de la plana. Masferrer, Torras y Bages y no hay que decir Verdaguer, por quien Menéndez Pelayo no sólo sentía una gran admiración, sino que fué el principal vocero de su gloria fuera de Cataluña. Los hombres de Vich contestaron a estas pruebas de simpatía, con un gran respeto y cariño de los que se encuentran huellas en la prensa local de la época (2).

Pero a pesar de estas amistades y simpatías, el hijo de Vich, el que con más frecuencia elogió D. Marcelino y con cuyo pensamiento más identificado se sintió, como es patente, para el que esté familiarizado con sus escritos, fué Jaime Balmes. No obstante ser la historia crítica literaria la especialidad de Menéndez Pelayo, el nombre de Balmes aparece con gran frecuencia en sus libros y siempre encomiásticamente. No es exagerado afirmar que el peso de la autoridad de D. Marcelino y la difusión de sus escritos ha hecho mucho por la gloria de Balmes, en un país tan olvidadizo como el nuestro de sus hombres. En las notas que siguen he intentado resumir las alusiones a Balmes que se encuentran en la vida y en las obras del gran polígrafo santanderino.

Muy temprano debió ser el encuentro de éste con el filósofo, pues creo recordar que en la incipiente biblioteca que Menéndez Pelayo había formado a los 14 años, figuraba ya un ejemplar de «El Criterio» regalo de un familiar admirado por la afición que el muchacho sentía por las letras. Luego en la Universidad de Barcelona, entre maestros como Milá y Fontanals y Rubió y Ors y con el recuerdo de Javier Llorens, el nombre de Balmes debió oírlo con frecuencia y siempre con respeto. En cambio no puede ya decirse lo mismo cuando trasladado a Madrid estudiando con

(1) Collell recibió de manos de Menéndez Pelayo la flor natural en los Juegos Florales del 1888, en los que éste actuó de mantenedor; pero su amistad era más antigua, de los años en que Menéndez estudió en Barcelona o de su visita posterior. La correspondencia de Collell, guardada en Santander, comprende 23 cartas.

(2) Véase, por ejemplo, «La Veu de Montserrat». Vich, 1830, núms. 16 y 20.

Salmerón y los krausistas, pero por estas fechas aquel gran devorador de libros debía ya conocerse de corrido todas sus obras filosóficas.

Si no me engaño, su primera referencia en un escrito publicado, se encuentra en las cartas que durante su viaje a Portugal, a los veinte años, enviaba a un periódico de su ciudad natal: *La Tertulia* (1). En estas impresiones de viaje hace notar que las obras de Balmes están traducidas al portugués y son muy apreciadas. A partir de entonces el nombre de Balmes vuelve con frecuencia a la pluma de D. Marcelino, por ejemplo, cuando en 1883 escribe las ediciones españolas a la historia de la cultura, original de un alemán (2), reduce la filosofía española en el siglo XIX, a dos nombres: Donoso y Balmes, de quien hace un breve y elogioso resumen. Las referencias podrían multiplicarse.

Si la postura filosófica de Balmes era la que más simpática podía serle, hasta coincidir con la suya: católica y tradicional, sin ser cerradamente escolástica, con unas gotas de vivismo y sentido común y al mismo tiempo muy al tanto de lo que se pensaba en Europa, aún encontró Menéndez Pelayo otros motivos que aumentaron su admiración.

En efecto. A raíz de su entrada rutilante en la vida pública española con sus famosas oposiciones se le ofreció la posibilidad de actuar en política. D. Marcelino, lleno de generosos propósitos y creyendo el momento propicio para una regeneración española que fuese a la vez muy antigua y muy moderna, algo parecido a lo que había visto propugnar en Cataluña a sus maestros universitarios, abrazó la oportunidad y sin ligarse en forma estrecha al partido conservador permitió que se le presentase diputado —y salió elegido— por Palma de Mallorca.

Con tal motivo visitó la isla y allí trabó amistad con todas las figuras de relieve de su selecto mundo intelectual y entre ellos con Cuadrado, el gran aliado de las luchas políticas de Balmes, a través de éste conoció una faceta de su filósofo a la que hasta entonces no había prestado atención y con la que se sintió también plenamente identificado. Mudados los tiempos y las circunstancias sus objetivos políticos continuaban siendo acertados y él los compartía.

Casi no hace falta decir que Menéndez Pelayo se desengañó pronto de la política y que a medida que se iba sintiendo más solo y aislado, sus esperanzas sobre una próxima regeneración española se iban alejando, pero no creo equivocarme si digo que a medida que aumentaba su desengaño aumentaba también su simpatía por la postura generosa e incomprensible de Balmes y de Cuadrado. Y fué precisamente hablando de Cuadrado que años después tuvo ocasión de referirse con mayor intención a Balmes. Decía así en la introducción a los «ensayos» de Cuadrado refiriéndose al panorama cultural español de la segunda mitad del siglo XIX:

«Una sola excepción pero tan grande y gloriosa que ella sola basta para probar la perenne vitalidad del pensamiento español aun en los períodos menos favorables a su propio y armónico desarrollo nos ofrece Balmes, cuya elevada significación filosófica apenas entrevista por sus contemporáneos y aun por muchos de los que se dicen admiradores suyos ha de crecer con el transcurso de los tiempos y con el mayor estudio de aquella obra capital entre las suyas aunque no sea la más

(1) Letras y literatos portugueses. «La Tertulia», Santander, 1876, O. C.

(2) Nuestro Siglo de Oro, de Otto von Leixner, Barcelona, 1883, O. C., Estudios y discursos VII, pág. 283.

leída, en que depositó las más vivas intuiciones de su espíritu (la Filosofía Fundamental)» (1)

Si siguen leyéndose estas páginas se advertirán los motivos por los que Menéndez Pelayo admiraba la filosofía de Balmes. Era un filósofo original, no cerrado en ninguna escuela, en quien florecían las características de su raza española y catalana con signos que enlazaban con una gran tradición. Y conocía el pensamiento europeo mejor que nadie en sus días en España. Ojalá, se lamentaba Menéndez Pelayo en otra ocasión, Balmes hubiese vivido unos años más y la introducción a fondo de la filosofía alemana se hubiese hecho por él y no por germanizados como Sanz del Río.

Políticamente las ideas de Balmes coinciden con las de Cuadrado y con las del mismo Menéndez Pelayo. Explotar las posibilidades de una unión nacional y tradicional. «El pensamiento de Balmes y de Viluma parece haber nacido al calor del movimiento nacional del 1843 que derribó al regente Espartero, vióse en aquella crisis a los moderados sin perjuicio de aliarse con los progresistas, buscar también el apoyo de los carlistas reunidos y halagar los sentimientos religiosos tradicionales del país con promesas y esperanzas de próxima reparación, pero tales esperanzas se vieron pronto desvanecidas». «Sólo aquella fracción moderada a que aludimos comprendió en 1848 la verdadera situación de las cosas y los deberes, de un partido conservador y de orden en tales momentos y no dudó en invocar el concurso de los carlistas para la grande obra de la pacificación moral». La solución propuesta por Balmes y Cuadrado era, como es bien sabido, el matrimonio de la Reina con el conde Montemolín, pero fracasó entre la incomprensión de todos.

«Ellos solos tuvieron razón aquel día pero con la desventaja de tenerla ellos solos y de tenerla antes de tiempo. Hoy mismo, después de medio siglo y de innumerables lecciones y escarmientos, ¿quién puede decir que el fruto está en sazón ni siquiera que se aproxime a la madurez?». Fracasado este generoso intento la muerte arrebató muy pronto a Balmes y Cuadrado abandonó desilusionado la política activa. Menéndez Pelayo que a bastantes años de distancia compartía ideas semejantes no podía esperar mejor suerte. Precisamente la última vez que por extenso tuvo que hablar de Balmes pronunció aquellas desoladas palabras que Bonilla llamó su testamento cultural: «Hoy presenciamos el lento suicidio de un pueblo que engañado mil veces por gárrulos sofistas...».

Forma parte este párrafo de las *Dos palabras sobre el Centenario de Balmes* leídas en el Congreso Internacional de Apologética, celebrado en Vich, el año 1910, para conmemorar el Centenario del nacimiento del filósofo y al que Menéndez Pelayo, invitado de honor, no pudo asistir por el avance de la enfermedad que pronto debía llevarlo a la tumba.

El discurso empieza afirmando «Providencial parece y sin duda lo es que la conmemoración del natalicio del gran pensador cristiano gloria de España en el siglo XIX coincida con la terrible crisis espiritual que nuestro pueblo está atravesando en los albores del siglo XX» (2).

Y en su desarrollo hace una bella caracterización de la figura de Jaime Balmes; «Balmes comprendió mejor que nadie el pensamiento de su nación, lo tomo por lema

(1) «Ensayos de J. M. Cuadrado», Palma, 1893, Recortado en O. C., Estudios y discursos, V, pág. 195 s. s.

(2) «Dos palabras sobre el Centenario de Balmes», Vich, 1910.

y toda su obra está encaminada a formularlo en religión, en filosofía, en ciencias sociales, en política. Durante su vida, por desgracia tan breve, pero tan rica y tan armónica fué sin hipérbole el doctor y el maestro de sus conciudadanos. España entera pensó con él y su magisterio continuó después de su muerte.

El discurso está destinado a repasar estos diferentes aspectos de la figura de Balmes como filósofo, haciendo notar que su *Filosofía Fundamental* es la única obra importante y original de metafísica aparecida en España en el siglo XIX; como apolo-gista, insistiendo en que el *Protestantismo* más que una obra de teología que habría estado desplazada es una auténtica filosofía de la historia; como tratadista político, muy superior a sus contemporáneos porque supo remontarse a los principios supremos del derecho y aplicarlos a los problemas de su época; como sociólogo y como político de realidades prácticas. Su voz, comenta Menéndez Pelayo, podía llegar a los más sabios y también a todo el pueblo y no sólo porque escribió *El Criterio* sino porque estaba atento a las realidades de cada día. «Los artículos de Balmes son un tesoro de ideas que no se han agotado todavía y pueden considerarse, además, como la historia verídica y profunda de su tiempo». Y la semblanza acaba como un elogio del Balmes sacerdote.

Tiene un cierto simbolismo que este bello discurso, que los que tuvieron la suerte de oír todavía recordarán, fuese como el canto del cisne de D. Marcelino. Esta vez y en Vich, fué la última que sus palabras resonaron en un acto público. Dos años después moría. Su muerte produjo un duelo sincero entre sus amigos vichenses del que es testimonio el emocionado artículo necrológico que D. Jaime Collell publicó en la «Gazeta de Vich».

Hoy que al correr de los años nos trae la conmemoración centenaria del ilustre polígrafo, me ha parecido simpático traer a la memoria el afecto y la admiración que sintió este hombre ilustre por su sabiduría y por su gran corazón y como Balmes más rico en generosos deseos que afortunado en verlos realizados.

MIGUEL SIGUAN.

---